



Martínez Cuevas, Alfredo J.; Martínez González, Alfredo J. Real Iglesia de San Antonio Abad y Archicofradía de Jesús Nazareno de Sevilla (“El Silencio”). Sevilla: Editorial Universidad de Sevilla, 2021. 392 págs. ISBN: 978-84-472-3127-0.

Sigamos la invitación de Rafael Roblas Caride y accedamos al atrio de San Antonio Abad. Despojémonos del mundanal ruido para acompasar el pulso y el alma antes de cruzar el dintel de la iglesia. E interioricemos la cita de José M.^a Cabeza Méndez que irradia todo el libro: “Los edificios hablan. Hay que saber escucharlos”.

Fíjense en la hermosura de la portada del libro: ¿caso está pintada? No: es el tiempo

y la memoria componiendo, con esa riqueza cromática inherente al alma de la Ciudad íntima, la poética del espacio. Como indicara Jorge López Lloret, “el color de Sevilla es un caso peculiar de la belleza cromática del mundo” (*La Ciudad construida. Historia, Estructura y Percepción en el Conjunto Histórico de Sevilla*. Sevilla: Diputación de Sevilla, 2003, p. 250). La portada es ya, en sí misma, un recurso didáctico para evidenciar lo que es la poética del espacio y ese armónico cromatismo que hace hablar no sólo a los edificios, sino al aire. Y este edificio, catedrático de silencios, sabe que el verso es el latido del aire. Eso es lo difícil del arte: transmitir el temblor del aire. Esa ráfaga de luz que comienza a rendirse hacia poniente acariciando la cruz de hierro; o esa sombra de ternura luminosa; esos toldos amarillos que recuerdan aquel Sorolla de Ayamonte; o esa espadaña recortada sobre unos cielos que aquí no se pierden, sino que se atesoran entre plegarias que, como ramos recogidos, se musitan cada vez más silenciosas; esos macetones entre el rumor de pisadas; o esos azulejos que se acarician dulcemente con miradas que a sus pies ya van rendidas; ese Barroco circunspecto de la hondura y la reserva; o ese paño morado con la Santa Cruz de Jerusalén presidiendo este atrio cuajado de detalles con la suave discreción de la elegancia. Hasta los mismos canalones pluviales comparten su color en esta suprema exquisitez de la armonía. Y qué me dicen de ese arco inmediato a la Iglesia junto al brocal del pozo: gigante aguamanil de silencio y de belleza para un alma que, ahora sí, está dispuesta a entrar en San Antonio Abad, con la dulce venia de San Judas Tadeo, a conjugar el latido y la memoria, la lágrima y el ruego, la pena honda y el verdor en lontananza, la luz agavillada de la Gracia y la sombra suave de un recogimiento que aquí se sabe arropado. Ahora sí, ahora sí que el alma está preparada para entregarse a la oración en el Silencio.

Con *Real Iglesia de San Antonio Abad y Archicofradía de Jesús Nazareno de Sevilla* (“*El Silencio*”), de Alfredo J. Martínez Cuevas y Alfredo J. Martínez González, la Universidad de Sevilla nos ofrece un libro que amalgama la historia de la Iglesia de San Antonio Abad y de la Archicofradía del Silencio.

El prólogo general del Decano de la Facultad de Derecho de la Hispalense, Alfonso Castro (que apunta a esa sevillanísima armonía de contrastes, ejemplarizándola en este caso entre *El Silencio* y la Macarena), antecede a la presentación de Eduardo del Rey Tirado, Hermano Mayor (que alude a la Verdad poética del “temblor”), y a un segundo prólogo a cargo de Rafael Roblas Caride, Secretario 2º y Archivero de la Junta de Gobierno. El libro se estructura en cinco capítulos, cada uno de los cuales cierra con sus fuentes documentales para deleite de estudiosos.

El primer capítulo, de Martínez González, acomete el devenir de la corporación desde lo histórico-jurídico. El 15 de abril de 1579, siendo Hermano Mayor Mateo Alemán, se toma posesión, a título de enfiteusis, de la capilla del *Santo Crucifijo* colindante a la Iglesia de San Antonio, y de otras áreas adyacentes, pertenecientes a la Orden de los Canónigos Regulares del Señor San Antón Abad. Destaca el patronato establecido por Doña Isabel Gómez de Cabrerros en 1611, que posibilitó un importante proceso de adecentamiento de la capilla, justo antes de que irrumpiesen las controversias que llevaron a la Hermandad a hacer el voto inmaculista el 29 de septiembre de 1615. En 1724 se decide derribar la antigua capilla y reedificar otra bajo la dirección de Diego Antonio Díaz, que aporta al Barroco hispalense un sentido de la medida —esa “predilección al recato” que señalara Rafael Cansinos Assens (*Sevilla en la literatura*. Madrid: Rivadeneira, 1922, p. 12)—que se complementa de manera armónica con la monumentalidad más explícita de Leonardo de Figueroa. En 1761 el Papado declara el Patronato de María Santísima de la Concepción, dando pie a la Hermandad a organizar los fastos inmaculistas en su hermoso atrio. Ante la inminente extinción de la Orden de San Antón, la Hermandad recibe en 1784 la donación de las dependencias de la Real Iglesia de San Antonio Abad. En 1828 la corporación es agregada a la Basílica de la Santa Cruz en Jerusalén de Roma. Gracias a las gestiones de Doña Gertrudis Zuazo, la Hermandad pudo salvar su patrimonio inmueble de la Revolución de 1868. También se citan las medidas especiales de vigilancia en la Segunda República y las reparaciones por los daños causados en la Guerra Civil.

Por su parte, Martínez Cuevas analiza en el segundo capítulo la historia arquitectónica de la Real Iglesia de San Antonio Abad y la Capilla del *Santo Crucifijo*. La iglesia que hoy conocemos, dos naves contiguas, comunicadas pero independientes, es el resultado de las importantes actuaciones efectuadas por Diego Antonio Díaz en el siglo XVIII (“una de las obras más representativas de su estilo”, María del Prado Lázaro Muñoz, *El arquitecto sevillano Diego Antonio Díaz*. Sevilla: Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Sevilla, 1988, p. 15). Todas las obras posteriores hasta la actualidad han sido de conservación y consolidación, destacando las intervenciones de Talavera de la Vega en el siglo XIX y de Delgado Roig-Balbontín Orta y Rodríguez Gautier en el XX. Al abrirse en 1869 la hoy rotulada calle *El Silencio*, la Hermandad encargó a Talavera de la Vega la nueva puerta, cuyas dimensiones iban a facilitar el acceso de los pasos. Sobresalen las restauraciones

acometidas por Delgado Roig a inicios de los 80 en la fachada de la calle Alfonso XII y su proyecto para el atrio de 1993, dotándolo de la belleza que hoy podemos disfrutar, junto a las importantes rehabilitaciones dirigidas por Rodríguez Gautier en 1995. Se analiza la evolución del conjunto de la Iglesia a través de los planos del siglo XVIII en adelante. Finaliza el capítulo estudiando detalladamente las cubiertas, las bóvedas (destacando la relación de la cúpula de la nave de Nuestro Padre Jesús Nazareno con la de la iglesia del antiguo Convento de San Pablo, hoy parroquia de Santa María Magdalena, de Figuerola), las tribunas laterales, la sacristía, los revestimientos y las siluetas de los nazarenos alegóricos al voto concepcionista.

El tercer capítulo, de Martínez Cuevas, está dedicado al estudio de los retablos y hornacinas, desde el primer espacio cubierto del atrio hacia adentro, relacionando cada elemento compositivo con la dilatada vida espiritual de la Hermandad. Se analizan los retablos cerámicos: María Santísima de la Concepción (s. f.), Virgen de la Concepción y San Juan (1924), Nuestro Padre Jesús Nazareno (1921), San Antonio María Claret (1994), Virgen del Carmen (1915) e Inmaculada Concepción (s. f.). Se estudia el retablo de la nave de San Antonio Abad (ca. 1730); la talla de Nuestro Padre Jesús Nazareno, de Ocampo (ca. 1608-1611); la talla de San Antonio Abad, de Ruíz Gijón (1676), en los retablos laterales destacan las tallas de San José y la Virgen María, de Martínez Montañés (1605); la Cruz de carey para la Estación de Penitencia (s. XVII); el retablo principal de la nave de Nuestro Padre Jesús Nazareno (1948); la talla de María Santísima de la Concepción, de Sebastián Santos (1954); San Juan, de Cristóbal Ramos (1752); así como la Santa Cruz de Jerusalén utilizada como Cruz de Guía (1804).

El cuarto capítulo selecciona algunos de los más ilustres hermanos de la Archicofradía, cerrando el libro con un quinto capítulo en el que se transcriben determinados documentos inéditos que han servido de soporte a esta investigación.

“Los edificios hablan. Hay que saber escucharlos”, y este libro de Alfredo Martínez Cuevas y su hijo Alfredo Martínez González nos ayuda, primero, a ahondar en la conciencia de los tortuosos caminos que han transitado quienes nos precedieron para salvaguardar el patrimonio material e inmaterial que hoy podemos disfrutar; y segundo, ilustra nuestro propio gozo del alma ante este latido del tiempo y la memoria que atesoran la Real Iglesia de San Antonio Abad y la Archicofradía de Jesús Nazareno de Sevilla en este lugar donde, con la sutileza del Barroco más discreto, se armonizan los vaivenes del cairel de la vida con la belleza, la fe, el arte, el silencio y hasta el mismo temblor del aire.